

bridge, Northampton, Derby, etc. En Londres tenían su mas fuerte base; guarnecían todas las aduanas, y asimismo las mas importantes bahías y puertos militares y los buques estaban en su poder.

Así se estableció una profunda division en la vieja Inglaterra, tan feliz en otros tiempos, y reinó en ella un tumulto guerrero. Los nobles fortificaban sus castillos; las milicias se ocupaban en procurarse armas, y en los campos y en las ciudades se pasaba en seguida de las disputas á los golpes.

El rey había empezado ya la campaña haciendo una nueva tentativa para apoderarse de la plaza de Hull; pero Hotham despreció sus cañones y sus amenazas y recibió un refuerzo de tropas parlamentarias. También fracasó el plan de Carlos de apoderarse de la ciudad de Coventry. En Portsmouth el comandante de la guarnición, el coronel Goring, se declaró en su favor; pero la plaza fué bloqueada por mar y por tierra y se vió obligada á rendirse. Aunque ya en estas tentativas se había derramado sangre, se decidió Carlos á renovar las antiguas ceremonias que daban principio á la guerra. El 22 de agosto se plantó ante el castillo de Nottingham y en campo libre el pendon real; el rey, el príncipe de Gales, su acompañamiento de nobles y una tropa de caballería é infantería se pusieron en la plataforma del castillo, y un heraldo leyó la proclama en la que se obligaba á todos los buenos súbditos á prestar su apoyo para vencer la rebelion del conde de Essex. Los presentes se descubrieron y gritaron: «Dios salve al rey.» Desde entonces el resultado dependía de la suerte de las armas.

CAPITULO II

PRIMEROS AÑOS DE LA GUERRA

En las distintas fases de la guerra-civil varió mucho el número de combatientes que lucharon por una y otra parte (1). Al concluir Carlos I sus preparativos, el ejército real contaba unos cuarenta mil hombres y el del Parlamento era mucho mas numeroso; pero nunca se encontraron en tan gran número en ningún campo de batalla, pues miles de ellos estaban separados de los ejércitos principales prestando servicio de guarnición ó bien conduciendo convoyes; así es que las tropas que lucharon para conseguir la victoria, comparadas con las grandes masas que hoy día toman parte en los combates, serian consideradas como muy insignificantes; y con todo, al principio de la guerra no se había llegado ni con mucho al número citado mas arriba, pues ambos partidos, especialmente el del rey, se hallaban muy atrasados en sus preparativos, por lo que para ganar tiempo Carlos I entró de nuevo en negociaciones con Londres, negociaciones que segun estaba previsto no dieron resultado alguno. Durante las semanas que trascurrieron en idas y venidas, tuvo ocasion de aumentar su contingente de un modo notable en los condados del Oeste, mientras que el conde de Essex establecía su cuartel general en Northampton, dejando á los realistas que se reunieran con toda tranquilidad.

El príncipe Ruperto y sus osados caballeros recorrían el país saqueando los almacenes y los pueblos, y aun se apoderaron momentáneamente de la ciudad de Worcester; y si bien al acercarse las avanzadas parlamentarias abandonó la plaza, se echó despues con sus escuadrones sobre el enemigo con furia tal, que le puso en fuga causándole grandes pérdidas.

(1) Existen una serie de trabajos especiales acerca de la Historia de la Guerra Civil en los distintos condados, cuyo número hace que no puedan citarse en conjunto: mencionaremos por ejemplo las *Memoirs of the civil wars in Wales and the Marches 1642-49* by John Roland Phillips, 2 vols. 1874. Webb *Memoirs of the civil wars in Herefordshire*, 1879.

El rey se entusiasmó con este primer resultado alegrándose de tener en su poder algunos rebeldes prisioneros, y lleno de esperanza en la victoria pensaba marchar directamente sobre Londres y terminar la guerra con un golpe atrevido. En la capital todo eran preparativos para contrarrestar el ataque que amenazaba: se aumentaron las guardias, se pusieron sobre las armas las milicias y los voluntarios, se hizo un empréstito forzoso, los sospechosos fueron desarmados y vigilados severamente; Essex trasladó su cuartel general á Worcester, y cuando no le quedó duda alguna de que el ejército real se dirigía hácia el Sudoeste le salió al encuentro alcanzándole en Edgehill, en el condado de Warwick.

Allí, en 23 de octubre, se dió la primera batalla de la guerra. El rey situado en una altura colocó su artillería en



El príncipe Ruperto. De un grabado de S. Freemam, segun un cuadro de Pedro Lely

buena posición, mientras que el ejército parlamentario se extendía en semicírculo. La caballería real al mando del príncipe Ruperto atacó el ala izquierda del enemigo y la rompió. La confusión de las tropas parlamentarias compuestas de reclutas fué mucho mayor cuando vieron que dos de sus escuadrones se pasaban al enemigo. El príncipe hizo que sus tropas persiguieran un buen trecho á los parlamentarios para echarse despues en busca de rico botín sobre los carruajes y las provisiones. Entre tanto las demás tropas reales habían atacado la otra ala y el centro enemigo. Allí fué violenta la lucha. Algunos regimientos de infantería parlamentarios como los de Holles y de Essex y un par de escuadrones de Cromwell y Haselrig, se esforzaron de tal modo que el conde de Lindsey fué herido mortalmente, el porta-estandarte real cayó al suelo y el mismo estandarte estuvo por un momento en poder del enemigo, estando el rey y los príncipes de Gales y de York á punto de ser hechos prisioneros. Regimientos frescos, entre ellos los de Hampden, tomaron parte en el combate; el príncipe Ruperto se vió obligado á abandonar el saqueo, pero cuando regresó al campo de batalla era ya tarde para rehacer las tropas reales. En esto cerró la noche que-

dando Essex dueño del campo de batalla, aunque sin atreverse á continuar la lucha.

En Londres se consideró esta batalla como una victoria y en este sentido se pronunciaron alocuciones encomiásticas en Guildhall. El rey por su parte se encontró demasiado débil para llevar adelante en seguida el plan que había formado; pero no por esto había desaparecido el peligro para la capital, por el contrario se había hecho tanto mas tangible, cuanto que el rey había logrado dirigirse á Oxford desde el campo de batalla de Edgehill. Estaba pues mucho mas cerca de Londres, y á principios de noviembre se apoderó de la ciudad de Reading y se presentó ya la caballería del príncipe Ruperto en las inmediaciones de Londres llevando el terror á todas partes. Essex se había dirigido á la capital para encargarse de los preparativos de defensa é iba aun poseído del espíritu de conciliación deseando que se entrara en negociaciones con el rey; el mismo punto de vista estaba defendido en ambas Cámaras por un fuerte partido. El rey por su parte declaró que estaba pronto á entenderse con el Parlamento, pero que se negaba á admitir como negociadores á aquellas personas á quienes él había acusado como traidores. Los negociaciones se hallaban en buen camino, creyendo el Parlamento que en el entre tanto se firmaría un armisticio, cuando el ruido del cañon que tronaba al Oeste vino á demostrar lo contrario á los que estaban confiados. El príncipe Ruperto logró que el rey se decidiera á acompañarle en una empresa que había ideado. Contaba con que el partido católico de la City se sublevaría ayudándolos, y en 12 de noviembre los realistas se dirigieron en gran número al pueblecito de Brentford. Las casacas encarnadas de Holles establecieron barricadas en las calles, pero los del país de Gales que tenían que restablecer el honor de sus armas, perdido en Edgehill, los derrotaron, pudiendo solo salvarlos de una completa destrucción los regimientos de Brooke y Hampden que habían acudido á su auxilio.

No era ya pues posible seguir las negociaciones; en Londres solo se oyeron quejas de la falta de palabra del rey y de la crueldad del príncipe Ruperto, no perdiéndose un minuto para poder contrarrestar al enemigo que por su parte se sentía demasiado débil para poder aprovecharse del resultado obtenido. Essex habiendo aumentando su contingente se dirigió hácia el Oeste siguiéndole las milicias y los voluntarios. «Venid, venid, valientes jóvenes, decía el mayor Skippon cruzando las filas, recemos y combatamos con celo, pensad que luchais por Dios, por vuestras esposas y vuestros hijos, el Señor os dará su bendición.» Al día siguiente se hallaban unos 20,000 hombres no muy lejos de Brentford, en los prados de Turnham, no faltándoles provisiones y bebidas de todas clases. Es verdad que entre ellos había pocas tropas veteranas; pero á pesar de esto el rey Carlos no se atrevió á atacarlos. Por su parte tampoco quiso atacar el conde de Essex. El rey se dirigió á Reading y de allí á Oxford quedando abandonada la idea de tomar por sorpresa la capital.

Mientras que por la corte se establecía una pausa en la continuación de la guerra, el partido de la paz tomaba de nuevo valor en el campo parlamentario, contando con bastantes representantes en ambas Cámaras y apoyado por gran número de peticiones. Por otra parte, el municipio de la ciudad se había dirigido al rey para suplicarle que dejase la guerra y regresara á Londres. Carlos contestó que él no estaría seguro allí donde se pisoteaban las leyes del país y se habían tomado las armas contra él, y terminó exigiendo la sumisión y prometiendo perdonar á los que se arrepintiesen. Su contestación fué leída ante una gran multitud en Guildhall y en seguida tomaron la palabra el conde de Man-

chester, conocido antes como lord Kimbolton, y despues de él John Pym, para combatir las palabras del rey y prevenir á los ciudadanos que no se dejaran seducir. Las palabras de Pym fueron saludadas con grandes aplausos, sobre todo cuando dijo que así como el Parlamento estaba al lado de la ciudad de Londres, confiaba que esta asimismo sería fiel al Parlamento. La contestación fué «queremos vivir y morir con él,» sellándose de nuevo la alianza entre el pueblo y el Parlamento. En este también salió victoriosa la tendencia de Pym, Hampden y Vane, que no querían saber nada de negociaciones que dieran tiempo al rey para aumentar sus preparativos y preferían una guerra enérgica á una falsa paz; y si bien se hicieron algunas proposiciones al rey para ponerse de acuerdo, no fueron mas que una repetición mas explícita aun de las diez y nueve que había rechazado el año anterior y que no le era posible aceptar cuando ya había apelado á las armas y confiaba mejorar la situación continuando la guerra. Por consiguiente no se logró ni siquiera la conclusión de un armisticio.

Desde el mes de febrero la reina Enriqueta María se hallaba de regreso en el país (1). Protegida por el príncipe de Orange y los realistas fugitivos, había vendido en Holanda parte de las joyas de la Corona que llevó consigo, unas dadas en garantía á los banqueros por empréstitos hechos, y las otras para enviar á su esposo, como hizo ya en el verano de 1642, dinero, cañones, carabinas, municiones y efectos de guerra de todas clases. En vano fué que un enviado del Parlamento protestase ante los Estados generales de esta infracción de la neutralidad; la reina pudo continuar sus preparativos sin ser molestada, alistar tropas, cargar buques con municiones de guerra, y hacerse vela con su pequeña escuadra para reunirse de nuevo con el rey. Su marcha se vió amenazada por la tempestad y por un almirante del Parlamento que intentó darle caza, pero logró dar fondo en la costa del condado de York, cerca de Bridlington, y pudo poner en seguridad lo que había desembarcado. Apenas se había efectuado el desembarco se presentaron los buques enemigos en la bahía y bombardearon la plaza. Las balas penetraron en la casa donde se hallaba alojada la reina, llegando al través de la ventana hasta su mismo cuarto de dormir, y se vió obligada á huir al campo raso con las mujeres que la acompañaban; pero en todas estas aventuras mostró el mayor valor.

En York los realistas le hicieron un gran recibimiento, y sus correligionarios católicos corrieron en masa á alistarse bajo sus banderas. El conde de Newcastle se puso pronto á su disposición con las tropas de su mando, y Enriqueta se encontró la cabeza de un ejército importante al cual los parlamentarios dieron el nombre de «ejército de la reina» ó «ejército de los papistas.» Entró en tratos con el conde de Montrose para una sublevación de los montañeses de Escocia contra los presbiterianos, y con el conde de Antrim para la formación de un cuerpo auxiliar de irlandeses, al mismo tiempo que suplicaba al rey que no entrase en negociaciones con los rebeldes sin advertirselo.

Ya anteriormente se había discutido si debía presentarse contra la reina una acusación de alta traición como se había presentado en otro tiempo con Strafford; pero los parlamentarios antes de que el rompimiento con el rey se hubiese hecho público, rechazaron con energía tales proposiciones. Pero despues de lo acontecido, la Cámara baja no se opuso á que se presentara á los Lores, por conducto de Pym, una acusación en regla contra Enriqueta María, aunque no pudie-

(1) Letters of queen Henrietta Maria ed. by Mary A. Everet Green 1857. Obra poco completa es: Henriette Marie de la France, par le Comte de Bailion, Paris, 1877.

se esperarse que tuviese resultados serios. Lo mas importante, sin embargo, era ver con qué tropas se podría contar en el Norte para combatir al ejército de la reina y de Newcastle, que tomaba cada día un incremento amenazador.

Esta comision se dió á los dos Fairfax. El padre, Fernan-



Lord Fairfax. De un grabado de C. H. Jeens, copia de una miniatura de John Hoskins

Copy: most obedient
& affectional son
Fairfax

do Lord Fairfax, procedente de una raza antigua, era miembro del Parlamento, y le servia con celo y habilidad en el condado de York. Su hijo Tomás le ayudaba en todo, y en breve adquirió celebridad por sus brillantes hechos. No era

Oliver Cromwell

Firma de Oliverio Cromwell. Copia de una carta fechada en Westminster el 13 de junio de 1656 y dirigida á Federico Guillermo, príncipe elector de Brandeburgo.

un genio militar, pero habia nacido para hacerse obedecer y para inspirar completa confianza; se hallaba dotado de una noble figura, y era serio y conciso en el consejo, bravo y ardiente en el campo de batalla, y orgulloso, aunque este sentimiento se hallaba disimulado por sus maneras finas y distinguidas (1). Los dos Fairfax tenian una posicion difícil

(1) Clemens Markham: A life of the great Lord Fairfax. London, 1870.—The Fairfax Correspondence ed. by G. W. Johnson 2 vol. London, 1848. (Memoirs of the reign of Charles I). Además: The Fairfax Correspondence ed. by R. Bell (Memorial of the civil war) 2 vols. 1849.

ante los realistas, pues aunque obtuvieron algunas victorias, se hallaban limitados en su accion á una parte del territorio del Norte. El conde de Newcastle pudo por tanto dirigirse contra los condados del Centro y del Este, y en 30 de junio derrotar en Atherton-Moor el ejército parlamentario del Norte, quedando libre de tales enemigos por mucho tiempo. Las cosas se presentaban mal en dicho punto para los parlamentarios, pues Hotham, el comandante de Hull, cuya fidelidad habia resistido antes á tan fuertes pruebas, se dejó á la sazón ganar por los realistas. Su traicion fué descubierta á tiempo, se le encerró y despues fué ejecutado juntamente con su hijo. En la importante fortaleza que habia querido entregar al enemigo se encerraron los dos Fairfax, puesto que les era imposible sostenerse en campaña.

Si los realistas no pudieron aprovecharse de las ventajas que allí habian alcanzado, se debe solo á Oliverio Cromwell (2). Con él se nos presenta el primer soldado de genio en esta guerra, el futuro general cuyas cualidades naturales le hacian apto para desempeñar los mas altos cargos. Su nombre habia sido pronunciado ya varias veces con admiracion por los unos, con desprecio por los otros; pero entonces empezó á fijar sobre si la atencion del pueblo. Cromwell nació en Huntingdon el 25 de abril de 1599; su familia, entre cuyos antepasados se contaba el célebre ministro de Enrique VIII, el «martillo de los monjes», era originaria del país de Gales, pero se hallaba establecida en el condado de Huntingdon desde la gran secularizacion de los conventos, y si bien los Cromwells no supieron adquirir una posicion tan brillante como otros advenedizos de la época de los Tudores, eran muy considerados entre la nobleza campesina de los alrededores y tenian una posicion regular. Roberto Cromwell, padre de Oliverio, se casó con Isabel Stuart, cuyo árbol genealógico se enlazaba con el de la familia real de Escocia, y guiado por los consejos de su mujer aumentó considerablemente sus

(2) Solo en los escritos é investigaciones históricas del siglo XIX se hace justicia á Oliverio Cromwell. Hace pocos siglos que la idea general era que Cromwell no habia sido mas que un hipócrita y un tirano, dotado de algunas cualidades para el mando. Todo lo que sus enemigos habian dicho de él se aceptaba como cosa digna de crédito; tories y whigs se apartaban de su figura con desprecio ó miedo, y aun hoy, ningun recuerdo público existe en la capital de Inglaterra de uno de sus mas grandes hombres. A Tomás Carlyle se debe en gran parte la destruccion de estas antiguas preocupaciones: su obra en varios tomos *Oliver Cromwells, Letters and Speeches with elucidations*, publicada primero en 1845, pero de la que se han hecho posteriormente otras ediciones, si bien no está libre de cierto apasionamiento por el héroe y hace una impresion rara por el modo de exponer del autor y por la libertad poética que se toma de mezclar las declaraciones de su héroe con sus propios juicios, da á conocer por completo la importancia del general puritano y del hombre de Estado, por medio de sus cartas y de sus discursos. Una coleccion de estos documentos, que David Hume profetizó sería «uno de los libros mas insensatos del mundo», ha sido por el contrario el mas importante monumento levantado á la memoria del hombre por tanto tiempo desconocido. De los trabajos recientes sobre Cromwell, merecen tambien especial mencion los de John Forster, cuyo juicio critico es sin embargo menos entusiasta que el de Carlyle, en sus *Statesmen of the Commonwealth*, y en sus *Historical and biographical essays*, Vol. I, 1858, (*The civil wars, and Oliver Cromwell*); los de Sandford: *Early Life of O. Cromwell* (en sus *Studies and Illustrations of the Great Rebellion*), así como un ensayo de Tulloch (*English Puritanism and its Leaders* 1861). En Alemania, Ranke, en su *Historia de Inglaterra*, ha sido el primero en adoptar el nuevo punto de vista sobre Cromwell, examinando su carrera con mayor sujecion á los hechos que Carlyle, sobre todo en lo que se refiere á su papel en la politica europea. Los sucesos mas notables se hallan asimismo en uno de los trabajos de Pauli sobre la historia de la Revolucion inglesa, 1869. Carece de importancia la obra de Straeter: *Oliverio Cromwell, ensayo sobre la Revolucion inglesa del siglo XVII*, 1871. De los escritores franceses, Merle d'Aubigné, en su libro *Le Protecteur*, 1848, ha seguido resueltamente las huellas de Carlyle. El juicio de Cromwell por Guizot, se resiente algo de las ideas antiguas, pero en este sentido le deja muy atrás la *Histoire de Cromwell*, de Villemain, 1819.

bienes de fortuna. Según era costumbre en aquellos tiempos, fabricaba él mismo la cerveza necesaria para los usos domésticos y para los criados, y esto fué bastante para que en las sátiras realistas se dijera que el Protector «Cabezudo de nariz roja», era «hijo de un cervecero» El jóven Oliverio fué criado, lo mismo que sus muchos hermanos, con severidad puritana. A la edad de diez y siete años fué admitido en el Sidney-Sussex College de Cambridge para adquirir allí mayor instruccion, pero su residencia en la ciudad universitaria duró poco mas de un año. La muerte de su padre le hizo jefe de la familia y le impuso obligaciones de hombre. Entró, segun habia dejado encomendado su padre, en uno de los colegios de derecho de Lóndres para adquirir algunos conocimientos jurídicos. Allí se hizo hombre, recibiendo su modo de ser un sello especial. Se convenció de que habia sacrificado mucho tiempo á frívolas apariencias y se prometió que en lo sucesivo sujetaria su vida á los escritos divinos. Así decia en una carta familiar: «Ya sabeis cómo vivia. He vivido en la oscuridad y la queria y odiaba la luz. Era la cabeza del pecado, y despreciaba el temor de Dios, pero Dios ha tenido compasion de mí.» De este lenguaje de la jerga especial puritana se ha querido sacar la consecuencia de que Cromwell cuando jóven habia llevado una vida licenciosa y disipado la fortuna de su padre; pero los hechos están en contradiccion con tal juicio. A la edad de veintin años se casó con Isabel Bouchier, hija de un ciudadano de Lóndres de buena posicion, con la cual llevó una vida feliz, dedicándose á la agricultura primeramente en la ciudad natal, y despues en St. Ives y en Ely donde habia comprado algunas tierras.

Su oposicion contra el sistema político religioso que entonces existia se hizo evidente en varias ocasiones. En el año 1628 fué elegido por sus conciudadanos para el tercer Parlamento de Carlos I y ya se hizo notar en los debates por sus tendencias puritanas. Pronto estuvo en lucha con el corregidor de Huntingdon y tuvo que disculparse ante el consejo secreto de Lóndres. En Ely hizo reclamaciones contra una comision real que al proceder al encauzamiento de las aguas del Ouse desconoció el derecho de los particulares. Sus sentimientos religiosos afines al misticismo, que le hacian considerarse como instrumento de Dios, no le impedian tener una mirada penetrante para la vida práctica. Si se proponia un fin, seguia adelante hasta conseguirlo, prescindiendo de los sacrificios y consideraciones, protegido por su conocimiento de los hombres y por su espíritu de observacion. Siendo primo de John Hampden y pariente de Oliverio St. John, se encontró naturalmente colocado entre los jefes de la oposicion y se sentó á su lado en el Parlamento corto. La ciudad de Cambridge que le habia votado le mandó asimismo al Parlamento largo, en el que pronto desempeñó un papel principal. Su figura llamaba ya la atencion; era vigoroso, ancho de hombros, con facciones marcadas aunque bastas y ojos animados que miraban por debajo de unas cejas muy pobladas. Un miembro del Parlamento describe sin adulacion el modo como acostumbraba á presentarse: «Vestido muy vulgar, pues llevaba trajes de paño de inferior calidad y que parecian hechos por un sastre de pueblo... su ropa blanca muy sencilla y no del todo limpia; la espada fijada sólidamente al lado; su cara era de color rojo y su voz dura y de timbre desagradable, pero sus discursos estaban llenos de fuego.» Digby preguntó una vez á Hampden quién era «aquel campesino», y se dice que Hampden contestó: «Si se llega á un rompimiento con el rey, este campesino será el hombre mas grande de Inglaterra.»

Quando se declaró la guerra mostró Cromwell lo que valia, primeramente como capitán de una partida de caballería y despues como coronel de un regimiento. Al mismo tiempo

puso de manifiesto su talento organizador, siendo el alma de la «Asociacion de los condados del Este» (Norfolk, Suffolk, Essex, Cambridge, Hertford) que con sus propias fuerzas se opusieron con éxito á los realistas. En donde él se metia, todo salia á medida de sus deseos: su regimiento podia servir como modelo: es verdad que escogia con cuidado su gente, pues habia conocido el lado débil del ejército parlamentario que reclutaba sus soldados en las últimas capas sociales. «Vuestras tropas, decia á Hampden, son en su mayor parte antiguos é inútiles pasteleros, taberneros y gente de esta clase; las reales se componen de los hijos mas jóvenes de los nobles y de personas de buena posicion. ¿Creeis que se puede comparar el espíritu de estos pobres diablos con el de aquellos nobles que tienen honor y valor? Debeis buscar hombres que se hallen poseidos de un espíritu semejante; de otro modo sereis siempre derrotados.» Estos los encontró entre los colonos y arrendatarios de su país natal, cuyo espíritu se hallaba poseido de sentimientos religiosos que él queria oponer á los sentimientos de hidalguia feudal que animaban á sus contrarios. Sus «coraceros vestidos de hierro» eran, segun decia, gente sencilla y noble que tenian siempre delante de su vista el temor de Dios y habian abrazado su partido con conocimiento de causa. Los mantuvo en la mas severa disciplina, los instruyó con cuidado, y pudo decir con orgullo «que en todas partes donde habian encontrado al enemigo le habian derrotado.» Puso todos los medios para librar al condado de Lincoln de los realistas y dar la mano en el Norte á los dos Fairfax, y si bien esto no le fué posible, impidió que Newcastle hiciese nuevas correrías.

Peor cariz presentaban las cosas para el Parlamento en el Sudoeste. Allí tenia el rey en Ralph Hopton un defensor de su causa con el que pocos podian luchar. Este bravo oficial reclutó sus fuerzas entre los rudos habitantes del país de Gales, derrotó á las tropas del Parlamento en varios combates y pudo unirse con el marqués de Hertford y el príncipe Mauricio del Palatinado. El Parlamento se creyó obligado á mandar allí un general del que se esperaba mucho y era Guillermo Walter, miembro del comité de defensa y hombre que habia aprendido el arte de la guerra en Alemania combatiendo contra las tropas imperiales. El éxito que habia alcanzado en 1642 le habia valido el nombre de «Guillermo el Conquistador.» Pero en la campaña de 1643 se apagó el brillo de su estrella de un modo muy rápido, pues en el mes de julio sufrió dos derrotas, una en el bosque de Landsdown y otra en Roundwaydown, ambas tan grandes, que no pudo sostenerse mas en campo abierto. Pocos dias despues, el 26 de julio, la plaza principal del Oeste, la segunda ciudad del reino, la importante Bristol cayó en manos del príncipe Rupert, y en ella el rey se apoderó de muchas provisiones de guerra y de los buques que estaban destinados á la expedicion de Irlanda. Contaba con apoderarse además de Gloucester y hacerse dueño absoluto del interior del país.

Todo parecia depender de si el ejército principal del Parlamento bajo el mando de Essex conseguiria ó no derrotar al rey; pero Essex hubiera debido ser otro hombre para hacer una tentativa de este género. Despues de haber tardado largo tiempo en decidirse á situar y en apoderarse de la ciudad de Reading, permaneció inactivo durante muchas semanas y dejó que su contrario eligiese el momento y el terreno del combate. Con su flema natural tenia demasiado vivo el sentimiento de la lealtad para que se le ocurriera una lucha á todo trance con el rey, y aunque parecia combatir por la victoria lo hacia mas para que se consiguiera un arreglo. Inútilmente le indicaba Hampden que marchase en seguida hácia Oxford, pues Essex creia no tener bastante fuerza para establecer el sitio, y sus soldados empezaron á incomodar á